

cada uno tomó los que encontraba, porque les era necesario. Los carduqueos, que fueron requeridos, no escucharon las palabras de los griegos, y no dieron ninguna señal de amistad. Cuando los últimos griegos descendieron de la altura hacia los poblados era ya de noche, porque, siendo el camino estrecho, tuvieron que invertir todo el día en subir y descender. Reuniéndose algunos carduqueos acometieron á las últimas líneas de la falange y mataron á varios de sus hombres, é hirieron á otros con piedras y flechas. Eran poco numerosos, y los griegos cayeron sobre ellos de improviso; pero si hubieran sido muchos, una parte del ejército hubiera corrido riesgo de perecer. Acamparon así esta noche en los poblados. Los carduqueos encendieron hogueras en derredor de ellos en la cima de las montañas, y á su reflejo se veían los unos de los otros. Al amanecer del día siguiente, los generales y los capitanes de los griegos se reunieron y decidieron marchar con las bestias de carga necesarias y más robustas, abandonando las demás y dejando también á todos los prisioneros hechos recientemente, porque así los animales como los cautivos eran numerosos, y retardaban la marcha; se necesitaban muchos hombres para guardarlos, y esto era inutilizar soldados. Era necesario procurarse y llevar consigo el doble de los víveres necesarios para cada persona por un día. Acordado esto, se hizo público mediante el heraldo.

Luego que los soldados hubieron comido y se fueron poniendo en marcha, detuviéronse los generales en un pasaje estrecho del camino, para revisarlos. Si los soldados hubieron guardado cualquier cosa, contra la orden publicada, los generales la vieron y se la quitaron, haciéndoles entrar en obediencia, salvo lo que furtivamente hiciera pasar algún joven ó alguna bella mujer. En este día los griegos marcharon al azar, ya combatiendo, ya haciendo alto.

A la mañana siguiente hubo una gran tormenta y, sin embargo, era necesario adelantar porque ya quedaban pocos víveres. Quirosofo conducía y Jenofonte se hallaba á retaguardia. Los enemigos atacaron vigorosamente, se aproximaron mucho, utilizando la estrechez del pasaje por donde iban los

griegos, y lanzaron sobre ellos piedras y flechas. Con esto los griegos se vieron obligados á perseguirlos y á volver de nuevo á su camino, lo cual hacía que adelantaran muy lentamente. Muchas veces Jenofonte, cuando los enemigos cargaban con mayor impetu, ordenaba á los suyos que se detuviesen, y en estos momentos Quirosofo, apercebido de ello, se detenía; pero la última vez no se detuvo, sino que, por el contrario, adelantó el paso é hizo decir á la retaguardia que siguiese, de manera que se vió bien que algo de particular ocurría; pero no hubo posibilidad de ir á enterarse de la causa de aquella precipitación, y también la marcha de la retaguardia tomó las apariencias de una huida. En ella murió un hombre muy valiente, el laconio Cleomino, alcanzado por una flecha, en el costado, que le atravesó la armadura y la casaca; y el arcadio Bassias, con la cabeza atravesada. Cuando las tropas llegaron al campamento, Jenofonte fué á encontrarse con Quirosofo y le censuró acremente que no les hubiera sostenido y les hubiese obligado á huir combatiendo; y le dijo: «¡Al presente, dos buenos y bravos soldados han muerto, y no hemos podido conducir ni salvar sus cuerpos!» «Mira al lado de las montañas—replicó Quirosofo—y ve cuán infranqueables son todas ellas. No hay más que un camino: ese que tú ves, abierto á pico, ocupado por la multitud de hombres que podrás ver y que están allí establecidos de antes, para guardar el paso por él. Yo me precipité y no te sostuve, á fin de intentar apoderarme de la altura antes de que fuese tomada por ellos, y los guías que tenemos dicen que no hay ningún otro camino.» «Yo tenía dos hombres—respondió Jenofonte—; cuando allá abajo nos hemos encontrado en una situación embarazosa, hicimos parada para respirar, matamos algunos y se nos ocurrió la idea de tomar otros de ellos con el propósito de tener guías que conociesen el país. En seguida se hizo venir á los dos hombres aludidos y se les interrogó separadamente acerca de si sabían algún otro camino que aquel que allí se veía. Uno de ellos respondió que no, aunque contra él se emplearan todas las amenazas; y como no decía nada útil, se le mató en presencia del otro. El superviviente dijo que aquél había proce-

dido así porque tenía una hija casada con uno de los hombres que ocupaban las alturas; pero que él prometía conducir al ejército por un camino practicable hasta para las bestias de carga; interrogado acerca de si este camino tenía algún pasaje difícil, respondió que había una altura que era necesario ocupar por adelantado, sin lo cual sería imposible el paso por allí. Después de esto se juzgó conveniente convocar á los capitanes de los peltastas y de los hoplitas, á fin de darles conocimiento de las palabras del guía y preguntarles si alguno de ellos quería mostrarse hombre valiente y ofrecerse para marchar voluntario á ocupar dicha altura. Al punto se ofrecieron de entre los hoplitas Aristominos de Metidias, de la Arcadia, y Agasias Destinfalia, arcadiense; después, por rivalidad, el arcadio Calimaco de Parrasio. Éste dijo que él se proponía para dirigir la expedición y que tomaría, para llevar consigo, voluntarios de todo el ejército, añadiendo: «Porque sé que si yo soy quien manda, muchos de los jóvenes me seguirán.» Después de esto se preguntó si alguno de los taxiarcos quería también partir. Aristeia, de Chios, se presentó entonces, y fué muy útil al ejército en muchas ocasiones, en esta expedición. Era ya tarde y se les dió la orden de comer y de partir á los expedicionarios; se ató al guía y se puso en manos de ellos, y se convino que por la noche ellos guardarán la altura, si podían ocuparla, y al amanecer del día siguiente que avisaran con la trompeta y entonces atacaran á los enemigos que apareciesen en la desembocadura, y que el resto del ejército vendría en su ayuda lo más pronto posible. Estando así convenido el movimiento, partieron los voluntarios en número de dos mil; llovió copiosamente y, no obstante, Jenofonte, llevando con él la retaguardia, marchó hacia la desembocadura indicada para atraer de este lado la atención de los enemigos é impedirles observar á aquellos que formaban el circuito. Cuando estuvo con la retaguardia delante de la quebradura que había que atravesar para seguir el camino, los bárbaros hicieron rodar sobre ellos grandes bloques de los que hubiera podido, uno solo, cargar una carreta y aun otros mayores, y otros menores que iban á chocar contra las rocas.

y de los cuales los trozos saltaban como lanzados por hondas. Era de todo punto imposible avanzar por esta vía. Algunos de los capitanes procuraron en vista de ello practicar alguna otra, continuando esta maniobra hasta llegada la noche. Cuando se creía que podría hacerse la retirada sin ser vistos, fuéronse las tropas á cenar. Los que formaban la retaguardia no habían ni comido. Los enemigos, manifestando tener miedo, no cesaron un momento en toda la noche de hacer rodar piedras, según se podía deducir del ruido que se escuchaba. Los que llevaban el guía dieron un rodeo y sorprendieron á los guardias del puesto sentados alrededor de una hoguera. Mataron á unos, y habiendo perseguido á los demás permanecieron allí, creyendo estar ocupando la altura; pero no la ocupaban. Había por encima de ellos un mamelón, á lo largo del cual estaba el camino estrecho en el que habían encontrado á los guardianes, el cual, además, conducía á los enemigos que se habían apostado sobre la desembocadura de aquel paso angosto. Los griegos pasaron la noche en este pasaje, y cuando apareció el día marcharon en silencio y en orden contra los bárbaros. Entre éstos había mucho ruido, de modo que aquéllos pudieron aproximarse sin que los sintieran. Cuando se vieron los ejércitos sonó la trompeta, y los griegos lanzaron el grito de guerra y cargaron contra el enemigo. Estos no les esperaron y abandonaron el camino y tuvieron pocos muertos en la huida, porque eran hombres muy ágiles. En seguida, por su parte, los hombres de Quirosofo, habiendo escuchado el toque de la trompeta, subieron por el camino que se hallaba á la vista; y cada uno de los otros generales, por su parte, tomaron los caminos no trillados que encontraron y subieron como les fué dado ayudándose los unos á los otros los expedicionarios, con sus lanzas; así fueron ellos los primeros que se reunieron á los hombres que habían ocupado las alturas.

Pero Jenofonte, llevando la mitad de la retaguardia, siguió el mismo camino que los que llevaba el guía, porque era ésta la ruta más fácil para las bestias de carga, y había alineado su tropa detrás de ellas. Adelantando en la marcha, encontra-

ron por encima del camino una eminencia ocupada por los enemigos, la cual fué necesario desalojar, para no ser separados del ejército; pues aunque los hombres hubieran podido ir por la misma ruta que habían ido sus camaradas, no había más camino practicable que aquél, para las bestias de carga. Entonces, adelantándose los unos á los otros, corren hacia el enemigo formados en columna, no en círculo, para dejar una salida á aquéllos en el caso de que quisieran huir. Mientras que ellos, subían cada uno por donde podía, los bárbaros les herían tirándoles flechas, pero sin dejar que se les aproximaran, y al fin huyeron abandonándoles el campo. Los griegos le traspasaron y fueron más adelante á tomar otra eminencia ocupada también por enemigos, y contra la cual asimismo era necesario ir.

Jenofonte, temeroso de que si él dejaba abandonado lo que acababa de tomar los enemigos la recuperasen y cayesen sobre las bestias de carga, que pasaban (porque la fila era larga, á consecuencia de la estrechez del camino), dejó sobre la eminencia á los capitanes Cefisodon, hijo de Cefisofon, ateniense, Anfirates, hijo de Anfideos, ateniense, y Arcágoras, argiense proscrito. Marchó él mismo con los otros hacia la segunda eminencia, tomándola de igual manera que la anterior. Quedaba un tercer mamelón mucho más escarpado, del cual había que aprovecharse. Éste dominaba el lugar de la hoguera de aquel puesto que los voluntarios habían sorprendido durante la noche. Cuando los griegos estuvieron próximos, los bárbaros le abandonaron sin combatir, lo cual admiró á todos é hizo sospechar que lo habían abandonado por temor de ser rodeados y copados. Jenofonte subió sobre el mamelón con los más jóvenes que tenía á sus órdenes, y dispuso que los demás adelantaran siguiendo el camino, para que las últimas líneas pudieran reunirse y hacer alto en terreno de superficie igual. En este momento llegó Arcágoras el argiense, el cual venía huyendo, y dijo que estaban perdidos, que el enemigo se había apoderado de la primera eminencia, que Cefisodon y Anfirates habían muerto y con ellos todos los demás, excepto los que habían saltado desde lo alto de la roca y alcanzado

la retaguardia. Después de esta acción, los bárbaros vinieron contra la altura que había frente al mamelón, y Jenofonte, mediante un intérprete, trató con ellos de establecer un armisticio, y les pidió la entrega de los muertos. Los bárbaros dijeron que accederían, á condición de que no quemaran sus poblados, en lo cual consintió Jenofonte. Mientras que el resto del ejército pasaba, se hacia el trato y todos aquellos que había próximos corrían á reunirse con el ejército; los bárbaros permanecieron allí quietos, pero cuando los griegos hubieron comenzado á descender del mamelón para reunirse á los otros en el lugar donde habían hecho alto, vieron venir sobre ellos una gran multitud, haciendo mucho ruido; y cuando se encontraron sobre la cima de la altura de donde Jenofonte había descendido, hicieron rodar grandes piedras, y un soldado resultó con una pierna fracturada. El portaescudo de Jenofonte le abandonó. Euiloco de Losea, arcadio de origen, corrió hacia él é hizo la retirada, exponiéndose por dos; los otros reunieron también sus compañeros, y todo el ejército griego se encontró entonces reunido y acampó en una plaza con un gran número de casas hermosas en las que había buena cantidad de víveres y excelente vino, que los bárbaros guardaban en tinajas recubiertas de cal. Jenofonte y Quirisofó consiguieron obtener los muertos, canjeándoles por el guía, y se les rindió á aquéllos los honores que se acostumbra á rendir á los hombres valientes.

Fué necesario todavía librar muchos combates y tomar otros difíciles parajes. Los bárbaros lanzaban flechas de tres puntas que perforaban escudos y corazas. Por fin, los griegos descendieron á la llanura y se hallaron en la frontera de Armenia ante el río Centretos, que era muy profundo y arrastraba piedras gruesas. Los carduqueos, reunidos en gran número, amenazaban sus espaldas, y sobre la otra ribera del río había un ejército de armenios. Hallábanse, pues, los griegos en situación muy difícil, cuando los jóve-

nes vinieron en busca de Jenofonte y le dijeron, que, buscando leña seca para hacer lumbre, habían visto á un anciano, una mujer y dos muchachas depositar cofres de ropa en una gruta. Ellos se habían desnudado y conservando sus puñales habían hecho por atravesar el río nadando, habiéndose encontrado así que por aquel sitio el río no tenía hondura más que hasta las nalgas de un hombre, y se habían apoderado de las ropas mencionadas, regresando luego. Jenofonte hizo en seguida libaciones en honor de los dioses, y advirtió á Quirosofo que con «la corona en la cabeza» pase el vado el primero con la vanguardia, y al mismo tiempo, Jenofonte hacía como que iba á pasar el río por otro punto, y los armenios, temiendo ser envueltos, huyeron. Una carga brusca dada contra los carduqueos les hizo retroceder, y la retaguardia pasó luego el río de prisa, y sólo tuvo algunos hombres heridos á flechazos.

Flanquearon el Tigris por el punto de su nacimiento, siempre seguidos por el ejército enemigo. Cayó una noche tanta nieve que el campo y los hombres que se hallaban acostados en tierra fueron cubiertos por ella y las bestias de carga no podían andar. Jenofonte se levantó desnudo, cortó leña, un soldado vino á ayudarle y otro luego, y todos fueron viniendo poco á poco; encendieron lumbre y se frotaron con aceite de sésamo, de almendras y de trementina que habían encontrado en el país. Por la mañana suplicaron á un persa que les condujese hacia las alturas donde acamparon Tiribaces y el ejército armenio. Tomaron en la tienda de Tiribaces sus camas con pies de plata, sus

vasos de beber, sus panaderos y su escanciador. Los persas llevaban á todas partes el aparato de su lujo. Pasaron también el Eufrates por el punto de su origen y fueron azotados por una tempestad espantosa. El viento del Norte les daba en el rostro, les quemaba la carne y helaba á los hombres. La nieve alcanzaba seis pies de altura. Una multitud de caballos y de esclavos perecieron y con ellos treinta soldados. Por la mañana se pusieron en marcha á través de la nieve. Muchos hombres caían acometidos del hambre súbita que se llama *fringale*. Jenofonte tomó cuantos víveres había y se los hizo comer. Entonces ellos se levantaron y se pusieron en marcha. Entretanto, Quirosofo llegó á un pueblecito «ante el cual los jóvenes y las mujeres tomaban agua de la fuente». Gracioso detalle que recuerda la historia de Nausicaa y Ulises, que un romano hubiera omitido y que Jenofonte, educado en el amor de los poetas, recuerda con tanto cuidado como Homero. Aquellas gentes preguntaron á los griegos qué querían. El intérprete respondió que venían de la parte del río en busca del sátrapa, y entraron acompañados por ellos en la población, donde se alojaron sin hacer daño alguno á los habitantes.

Pero los otros soldados que no pudieron llegar á tiempo, pasaron la noche sin víveres y sin fuego, y algunos perecieron. Muchos permanecieron en el camino cegados por la nieve. Otros tenían los dedos de los pies helados y sus miembros se negaban á obedecerles. A fin de preservar su vida se veían en la necesidad de marchar poniendo ante los ojos una gasa negra; para defender sus pies era necesario moverlos

de continuo, sin descalzarse durante la noche, por lo cual las correas entrarían en la carne y el calzado se pegaría á la piel. Percibieron un sitio negro donde la nieve se había fundido por el contacto de un manantial «que manaba en el bosque exhalando vapor». Allí se detuvieron y se negaron á marchar adelante. Jenofonte, que llegó con la retaguardia, los exhortó con toda clase de razones á continuar y á no perder el valor. «Los enemigos, les decía, van á venir contra vosotros.» Después de largas súplicas, acabó por irritarse. «Ninguno de nosotros—respondieron—puede ir adelante.» «Era ya de noche; los bárbaros se aproximaban con gran estrépito. Jenofonte los atacó valiéndose de los hombres útiles de que disponía en la retaguardia, y los enfermos gritaban lo más fuerte que podían y golpeaban sus armaduras con sus lanzas. El enemigo huyó al bosque. Por la mañana los hombres jóvenes del ejército transportaron á los enfermos á la población.»

Bien se observa cómo es sobrio este estilo y cómo Jenofonte busca lo patético. La descripción de la población va á demostrar que no procura más influir en la inteligencia que en el corazón del lector. Los artistas griegos se ocupan menos de impresionar con fuerza que de impresionar lo justo. Procuran imitar bien la Naturaleza y no emocionar al lector. «Las casas eran subterráneas, con la abertura en forma de pozos y anchas por debajo. La entrada para las bestias estaba oculta, y los hombres descendían mediante una escala. En el interior había cabras, ovejas, bueyes, pájaros, cebada, trigo y una bebida hecha con

cebada, muy fuerte y que se chupaba, en grandes urnas, con una paja. Jenofonte hizo comer con él al jefe de la población, le manifestó tener buen ánimo respecto á ésta y le prometió no hacerle mal alguno si servía fielmente á los griegos. El jefe se puso del mejor humor y les descubrió dónde se hallaba el vino. Después fué con Jenofonte á visitar varios poblados y todo el mundo les retenía y les daba festines. Por todas partes poníaseles en la mesa carne de cerdo, de cabra y de oveja y panes de cebada y trigo candeal. Cuando querían beber á la salud de cualquiera, le atraían hacia la urna y el convidado debía meter en ella su cabeza y tragar el vino produciendo mucho ruido, como un buey. En seguida Jenofonte y el guía fueron hacia el paradero de Quirosofo y hallaron á los griegos bajo sus tiendas coronados de hierbas secas, servidos por jóvenes armenios vestidos con largas túnicas bárbaras y enseñándoles como á novicios lo que iban á hacer.» Esta abundancia grosera y esta fiesta rústica improvisada forman un contraste agradable y súbito con la lamentable marcha que se acaba de describir. Jenofonte nada de esto nos ha advertido; no hace más que narrar, y es á nosotros á quien corresponde sentir el arte encerrado bajo lo natural y la oposición de los cuadros disimulada bajo la uniformidad del relato.

Cerca del Pasa encontraron á los pasianidas y á los calibeos preparados para combatirlos, al otro lado del río; los vencieron, y entraron en la tierra de los tascos. Estos encierran sus tropas y sus municiones en lugares fortificados, y tuvieron los griegos necesidad

de sitiarnos para ver de conseguir víveres. Un día, Jenofonte, llegando con la retaguardia, encontró á Quirosofo detenido ante una de estas fortificaciones, desde las cuales los bárbaros arrojaban piedras, y muchos soldados había ya con las piernas ó las costillas rotas. Jenofonte puso hombres detrás de algunos árboles, cerca del muro. Avanzaban dos ó tres pasos y las piedras caían en cantidad asombrosa, y cuando los sitiadores creyeron á los sitiados agotados de proyectiles se lanzaron al asalto y fué tomado el fuerte, «y entonces hubo allí un espectáculo espantoso. Las mujeres arrojaban sus hijos desde lo alto del parapeto, arrojándose ellas detrás, y los hombres también. El capitán Eneas, stinfaliense, viendo uno de ellos que tenía un hermoso traje é iba á precipitarse, le retuvo por sus vestidos, y el bárbaro le arrastró, cayendo los dos sobre las rocas y pereciendo. Esto más que propio de hombres, lo era de bueyes, de asnos y de carneros».

Entraron entonces en el país de los calibeos, que eran los más bravos de todos los bárbaros, y usaban coraza, casco y lanzas de quince codos de longitud, y no cesaron de molestar á los griegos, atacándoles de cerca: «Llevaban á la cintura una especie de cuchillo, con el cual degollaban á los enemigos que caían bajo alguno de ellos. Le cortaban la cabeza y se la llevaban, y siempre que el enemigo les podía ver, cantaban y danzaban.» Estos rasgos de desesperación y de ferocidad, ¿no hacen ver á la imaginación, en esquema y como de pasada, las figuras salvajes de estas razas desconocidas, que por primera vez eran descubiertas?

Al quinto día se elevaron al monte Theces; y tan pronto como llegaron las primeras líneas, comenzaron á dar grandes gritos: «Jenofonte y los suyos creyeron que el enemigo les atacaba, porque la gente de la comarca que había sido quemada iba siguiendo al ejército, y la retaguardia había hecho alto y matado á muchos, é hizo prisionero á otros que llevaban escudos recubiertos de cuero crudo, y cuyo número era de unos veinte. Como aquellos gritos eran más fuertes cada vez y se iban aproximando, y los que marchaban delante se pusieron á correr hacia los que gritaban de continuo, y el clamoreo aumentaba á medida que el número de hombres, Jenofonte creyó que ocurría algo muy grave, y montando á caballo, y llevando consigo á Lucio y los caballeros, fué en socorro de los que gritaban. Pronto oyeron que éstos, en sus gritos, decían: ¡la mar, la mar!, y de boca en boca iba pasando esta noticia. Después de esto corrieron todos y también la retaguardia, las bestias de carga y los caballos. Cuando el ejército se reunió en la altura, los hombres se abrazaron los unos á los otros, y abrazaban á sus capitanes y sus generales, y lloraban. En seguida, realizando la idea que se le ocurrió á un soldado, allegaron piedras y con ellas levantaron un gran parapeto donde pusieron una cantidad de pieles crudas de vaca, los bastones y los escudos que habían tomado.» Se hallaban al borde oriental del Mar Negro, y erigieron allí un monumento como al término de su viaje. Los griegos, como ahora los ingleses, creíanse en su casa cuando veían la mar.

Atravesaron el país de los macronianos, con los cuales hicieron la paz, y hallaron en su camino á los colchienses, que les querían cortar el paso. Sentían un verdadero furor por llegar á su país. Jenofonte gritó á los suyos en la batalla sostenida con los que les obstruían el paso, última de la expedición: «Hombres: aquéllos son los últimos que se ponen entre nosotros y el paraje que deseamos alcanzar desde hace tanto tiempo. Si pudiéramos, sería necesario que nos los comiéramos crudos.» Esta fué la frase de Aquiles cuando puso el pie sobre el pecho de Héctor.

Al fin, después de ocho jornadas más, llegaron á la ribera, á la ciudad griega de Trapezunte, donde fueron recibidos con entusiasmo. Acamparon durante treinta días en los alrededores de aquella población, merodeando en la Colchida, é inmolaron un gran número de bueyes á Júpiter salvador, á Hércules conductor y á los demás dioses, según las devociones de cada uno, y dieron públicos juegos en las montañas en que se hallaban. Los ejercicios del cuerpo y la satisfacción de vencer en público, constituían el primer goce y la mayor necesidad de este pueblo de atletas y de artistas; pero eran sus juegos rudos, como á tales soldados convenía. Habían designado al espartano Draconcio para que presidiera los juegos y eligiera el sitio en que habrían de tener lugar. Después de sacrificar los bueyes, le pidieron que les condujese al sitio que hubiera elegido.

El otro les mostró el lugar donde se hallaban, y dijo: «Esta colina es excelente para correr por dondequiera.»—«¿Pero cómo se podrá luchar bajo un sol

tan fuerte y tan vivo?—Tanto peor para el que caiga.»—Las carreras del pequeño estadio fueron para la mayor parte de los jóvenes cautivos. Para las carreras del gran estadio hubo más de seiscientos cretenses. Los demás tomaron parte en la lucha, el pugilato y el pancracio. El espectáculo fué bello, porque hubo muchos atletas; y como se veían muy observados por sus compañeros, hicieron grandes esfuerzos para vencer. Hubo carreras de caballos, siendo necesario en éstas descender por la escarpada pendiente, hasta llegar al mar y subir de nuevo hasta coronar la altura. Muchos se cayeron, y la pendiente era tan áspera, que apenas si los caballos podían remontarse ni un paso. Además, se oían clamores, risas y fuertes gritos de enardecimiento.»

Tenían que andar aún trescientas leguas, recorrer á lo largo la orilla del Mar Negro, atravesar por entre veinte pueblos bárbaros y más combates que sostener, más aventuras que emprender, más pérdidas que sufrir que entre los carduqueos, los calibeos, y entre los súbditos del gran rey.